

Fausto Masó

Desnudo en Caracas

CARMELO VILDA



MASO Fausto: Desnudo en Caracas. Monte Avila Editores, C.A., 1974. 144 págs.

La carátula evoca y nos introduce directamente en el contenido de la novela: ambiente de anochecer entre la Plaza Venezuela y Sabana Grande; el protagonista, desnudo, despersonalizado, anónimo, un hombre clase-media genérico con enorme boca sensual, abierta y jubilosa, oculta detrás de un maletín ejecutivo sus "vergüenzas". Al lado hay un teléfono, una cámara fotográfica, la tarjeta de crédito "Master-charge", el logotipo de la General Electric. Al fondo, la torre Polar y el anuncio de una película (actúa Tony Curtis) en el Teatro del Este. Por supuesto, no faltan carros difuminados en la lejanía...

La novela es decididamente exteriorista. No hay meditaciones ni soliloquios ni tiempo para análisis sicoanalíticos. Todo sucede a lo largo de las trepidantes calles del Silencio, Chacaíto y Avenida Miranda. Se trata de la Caracas del "Boom" petrolero, la de los supermercados, de los mustang, de los efebócratas, de la juventud desprejuiciada como Vicky, de la publicidad, del sexo frívolo al alcance del billete, de las secretarías veleidosas, del gerente gringo que no comprende a Venezuela pero le encanta su ritmo latino de vida, del capricho social por acercar la vivienda hacia el Este...

"Venezuela marchaba. Era el país más feliz de la tierra. Refinerías, urbanizaciones, industrias. No había mejor negocio que la construcción, donde se ganaba el cien por cien en tres meses..."

Masó nos va presentando en dimensión de flash los símbolos que caracterizan la conducta caraqueña: ligereza, disipación, devoradora de su historia pasada para construir con gula mercantil el futuro, irreflexión improvisadora, espíritu guachafitero porque; es cierto, aún se puede vivir en Caracas con estilo de peripecia, sin sublimaciones ni convencionalismos cívico-culturales.

Estos son los materiales que filma Fausto Masó y digo filma porque ciertamente su libro es casi un guión cinematográfico de fácil lectura, interesante, arrebatado su ritmo, su movimiento de cámaras, su concisión. Por eso hay que leerla de bruce, de un tirón, sin prevenciones, con el ánimo risueño, dejándose llevar porque cabalga en sus secuencias una fresca, tropical y picaresca manera de vivir en una ciu-

dad que aún tolera la aventura como forma de existencia.

Pero no se queda en mera descripción. Detrás de todo ese frenesí y pantallismos de consumo brota la carcajada sarcástica, desmitificadora que limpia y lava las culpas de esa conducta egoísta, patronal, atolondrada, donde cada criatura sale a buscar su chancercito para cercar su "dorado" y hacerse rico.

MAS CRITICA QUE ESPEJO

Se trata de una novela amena, ocurrente, chispeante, escrita con lenguaje publicitario, actual, rápido, imaginativo, mojado en los objetos, calles y aconteceres urbanos. A ratos hay ecos bíblicos como el mismo nombre de Samuel. No faltan tampoco secuencias humedecidas por un viento que huele a García Márquez.

"En esos días se respiraba un aire distinto en la casa y mi padre se paseaba orgulloso. Como tenía fama de adivinar el futuro, la gente venía a la casa para que le leyera las cartas del Tarot. Mi madre decidió evitar que yo siguiera por el mal camino. Me decía: —Samuel pórtate bien, o te corto el pipí con estas tijeras..." (pgs. 15-18).

La estructura es sencilla y el relato más o menos lineal con algunos recuerdos de infancia interpolados a lo largo de la narración. Aluden generalmente a sus padres, una especie de Aureliano Buendía, él, y de venerable Ursula, ella. Afloran también algunas evocaciones religiosas, experiencias del colegio que le atemorizó con moralismos:

"A los trece años me aterraron los Curas con las enfermedades venéreas. Me volví subitamente casto para evitar



males terribles y para no enfrentarme con lo desconocido: el sexo . . . Hasta sentí amagos de vocación sacerdotal" (pgs. 19-20).

No existe propiamente acción dramática. Intenta más bien reflejar una época en una determinada ciudad de la vida de un joven abierto a los cambios y conmociones sociales. Una realidad en ebullición, acosada por numerosas incidencias y ajetreos como si se caminara sobre arenas movedizas, confrontando continuas erosiones psicológicas y alienaciones culturales.

Pero como en la novelística picaresca del siglo XVII DESNUDO EN CARACAS más que espejo social de una época, intenta ser una toma de conciencia de la desintegración de esa sociedad tradicional que al hacerse urbana cambia de valores, mata los antiguos y predica la astucia, la hipocresía y la ambición monetaria. Samuel es una especie de pícaro del siglo XX, a horcajadas de una historia que deja de ser pueblerina en su niñez, descuartizada ahora por otra que comienza a regirse con leyes de egoísmo y competencia. En este sentido Masó, más que describirnos la nueva sociedad caraqueña pretende servirse de ella como pretexto para desmitificarla, mostrarnos sus cruentas pústulas y fisuras. Al fin y al cabo el capitalismo se construye con lágrimas. ¿Pero consigue el objetivo?

Desde esta perspectiva de catarsis hay que leer las aventuras de Samuel agente de seguros (pág. 35) publicitario (50-99, 138), ejecutivo (76), gerente (71) . . . y sus pasos perdidos en una pensión (93) o cuando se gana la vida como reportero, vendedor ambulante, barman, o finalmente, cuando puede comprar el mustang y regalar a su esposa una moto primero, un velero luego, cuadros de arte, drogas y por fin el divorcio.

VIVIR EN CARACAS

La novela deja entrever numerosas marcas autobiográficas. Al autor, de origen cubano, le debió golpear su traslado a Ve-

nezuela como a Samuel cuando emigra de Maracaibo a Caracas y acepta el reto de vivir en la capital. Digo reto porque la vida en Caracas es apasionante, se puede vivir dejándose llevar, al propio paso, a contrapelo, sin planificaciones, a golpe de apuros cuando lleguen o de suerte si se encuentra, al ritmo inseguro del azar que depara continuamente insólitas sorpresas, o con velocidad y cosmopolitismo irracional. El comportamiento puede ser elemental, epidérmico, espoleado por ocurrencias, extroversiones, efusividades. Se puede trabajar algunas horas por el día, o durante jornadas intensivas, si hace falta con el fin de tener luego libre medio año para joder por las noches sin prisas o darse el lujo de invitar a una "pava" al mejor restaurante del Rosal.

Casi a cada paso surge una aventura excitante o una ocasión donde echar los dados o ver si se "paga" porque es posible vivir en Caracas sin pensar en las razones de la vida, con mediocridad impuesta por leyes y estímulos poco exigentes, con hedonismo y actitudes muy frívolas. Por eso ni siquiera se llega a pecar por malicia moral o religiosa sino por ocasiones coyunturales, por las fáciles ofertas sensibles de la vida. Así se llega a la regresión zoológica, a la degeneración de mamíferos con gusto exquisito que maneja un Mercedes Benz, o compran una quinta en La Lagunita. Son los asteroides de un cosmos mezquino donde cada hombre es un quiste de la sociedad.

Detrás de todo esto está la sátira, la repulsa y la huída al altiplano andino, lejos del "Empire State" y lo que representa, lejos de las Torres del Silencio, de la Plaza Venezuela y los mustang para no dejar de ser humanos, para no ser fanteche, muñeco de plástico, obsesos desquiciados que tragan objetos metálicos a borbotoques, sexo sin amor como los puentes beben el agua sin gozarla ni amarla.

La intención, es fantástica: aprehender literariamente la Caracas convulsa, inmensamente abrumadora. Pero no basta conocerla y haberla vivido, a veces a algunos

novelistas les estorba el documento. Hay que intuirlo, desatar las resonancias, decalabrar la imaginación. Cuando falta esta dimensión la realidad permanece inasible, debajo de los apuntes y descripciones, como si se negara a manifestarse y rechazara las tentativas de clasificación.

UNA PERIODISTICA NOVELA PICAESCA DEL SIGLO XX

He insinuado varias veces que he sentido la tentación de concluir qué se trata de una novela picaresca emparentada con las del siglo de Oro. Como el Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache o el Buscón Don Pablos, Desnudo en Caracas personifica y ubica ya en el mismo título el contenido. Como ellas es también una novela corta.

El protagonista narra en forma autobiográfica sus aventuras por el mundo, visto y contemplado desde la relatividad personal. Cuenta su vida a través de episodios o instantáneas:

"Yo nací para manejar un mustang. Me gusta manejar mirando hacia arriba, atropellar a la gente con un auto totalmente equipado . . . Nunca me interesó el folklore o la música tradicional. Despreciaba la moral estrecha de nuestros provincianos que van a las fiestas vestidos de likilikis y se horrorizan ante la marihuana. Yo veía hasta cuatro películas norteamericanas" (pág. 9).

Comienza siempre contando su ascendencia cargando con tintas aceradas los pecados genealógicos. Generalmente no se sabe el final de los padres:

"Mi padre toda su vida aspiró a que lo mantuvieran y no quiso trabajar mientras quedara comida en la nevera como si fuera innoble tener dinero de sobra en los bolsillos. . . . Una tarde, borracho, me llevó frente al mar . . . se ganaba el dinero jugando póker en un club de Maracaibo . . ." (págs. 11-14-15).

El protagonista es un vagabundo, tro-tamundos, viajero, sabedor de los caminos por la vida. El mundo que le toca vivir no

está hecho a su medida; por eso pasan por desadaptados, escépticos ante los cambios o valores que tambalean la sociedad:

"Yo buscaba abrirme paso en la vida, olvidar mis antepasados, quería ascender socialmente, trepar, ser algo en la vida, conocer el mundo, vivir el siglo XX. Yo no podía continuar siendo un pendejo cuando el hombre llegaba a la luna" (pág. 22).

La vida es la gran maestra, en ella aprenden más que en las aulas:

"Ahora te queda la gran escuela: la vida" (pg. 36).

Las relaciones sexuales son anecdóticas, no comprometen más que un encuentro esporádico y no hay más entrega que la pasión o excitación momentánea:

"Aquiles igual se acostaba con una novelista de ochenta y tres años que con su abuela. Hacía el acto sexual como un ejercicio para la barriga. Forzado por el hambre atacaba a diestra y siniestra mujeres horribles (33). Había llegado el momento de la gran tiradera universal. Las secretarias bailaban, se contorsionaban, echaban el cuerpo hacia atrás. Imaginaban el glorioso instante en que se desnudarían frente a sus jefes. Las angustias y humillaciones se resolverían pacíficamente en la cama . . ." (80).

"Por mí ya hubieran demolido La Pastora, la parte vieja de La Guaira y el Saladillo . . . Yo nací con un boom . . . Venezuela se arreglaba fusilando cien mil personas . . . Quería llenar el Queen Mary de negros para hundirlos a diez millas de la costa. Ni uno solo queda vivo porque los negros no saben nadar . . . Se salvan que yo no mando; si no, verían cómo soluciono todo a palos. A palos entiende la gente" (pág. 10)

Sin embargo, a pesar de ciertas semejanzas hay diferencias sustanciales. Los pícaros clásicos son realmente ciudadanos "marginales", no por vocación o temperamento como Samuel sino por opresión o condicionamientos socio-políticos que imposibilitan su mejoramiento y promoción. Su problema es existencial, se trata de conseguir, al menos, el pan que engañe su hambre biológica. Samuel por el contrario es un pícaro psicológico, moral, cigarra de una sociedad que aunque cosifique pone al alcance excitantes ofertas de consumo superfluo. El pícaro clásico está marcado, no puede escabullirse de su marginalidad social y económica. Samuel es un pícaro promocionado, un calavera, un sin escrúpulos. La vida le presenta muchas posibilidades concretas. Samuel no es pobre ni hambriento ni un subdesarrollado desplazado. Cuenta sus aventuras. El pícaro del Siglo de Oro cuenta sus desventuras.

En definitiva la picaresca clásica es auténtica, trata situaciones muy espesas, de bordes abultados. Es la misma realidad miserable, muy gorda por cierto, la que nos pringa los ojos con su humedad corpulenta. En DESNUDO EN CARACAS falta esta dimensión, precisamente, la verdadera, la más notable, la que deja traslucir con densidad la espesura novelada. Masó patina por el tema con ojo-colibrí de flash, nos lo cuenta, nos ofrece palabras, eco de situaciones débiles, alusiones, no se detiene para abrazar con nervio las significaciones, adherirse a ellas, realzarlas.

No surgen situaciones de necesidad ni actitudes existencialmente desesperadas. Es una picaresca pálida, ligera que brota de actividades superfluas. En ningún momento nos sentimos sobrecogidos por la ira o la emoción. Es una picaresca superficial, de hoja de lata, sin raíces telúricas, ancestrales o patetismo de soledad apasionada. Por eso no brota la protesta desgarrada o la ira que doblega el alma, más bien es la risa con gracejo porque reconocemos que así valdría la pena ser pícaro burgués.

La picaresca clásica es verdadera, conmovedora, con raíces de tragedia universal. Es más silenciosa, hay más sollozos reprimidos. Samuel no encarna, por el contrario, las cadenas que arrastran los auténticos pícaros de nuestra sociedad, esos que tienen que robar para sobrevivir, esos que respiran un aire fiero, milenarista, que nos acusan con su hambre y desprecios descomunales porque son campanas que tañen con ira su marginalidad.

El pícaro no aguanta mucho tiempo en el mismo sitio. Incluso si tiene éxito se cansa de él. Prefiere ser bohemio a rico organizado. No acumula dinero; si lo tiene alguna vez se deshace de él. Vive la aventura, viaja y así, poco a poco va conociendo al prójimo y también a sí mismo:

"¿Por qué había renunciado? Un buen salario, años en la compañía, una carrera, un futuro echados por la ventana . . . Me decidí renunciar por algo que se inició el mismo día en que yo había nacido, por algo que me dijo mi padre cuando yo era niño. ¿Cómo explicarme? Tengo que decirlo: quería vivir mi vida . . ." (pág. 94).

El prestigio social procede del dinero y los nuevos linajes deben su alcurnia no a la sangre real o a las virtudes sino a que se sienten en sillones ejecutivos comerciales:

"No podía concebir la sociedad sin hombres como yo, sin la clase gerencial. Se me abrían posibilidades enormes en el futuro (pág. 86). El no perdía ni un coctel ni una fiesta donde pudiera aparecer al siguiente día en la crónica social. Cuando me invitó a acompañarlo a los almuerzos de negocios,

pensé que había asegurado mi posición" (72).

La burla y la ironía, a veces acre, es la válvula de escape y su metodológica liberación:

"¿Cuándo has visto que un comerciante tenga una vida interesante? Quería tener el automóvil que estaba de acuerdo con mi posición social. Hasta busqué por Caracas un cuadro de Gónding . . . También leí El Padrino, El Exorcista, Chacal, La Gaviota. Asistía a un club, compraba el Time y seguía el desarrollo de las elecciones americanas . . ." (90)

"Aquí se vive muy bien si no se está abajo" (96)

La sociedad es mala; existe la corrupción, la mentira; todo el mundo hace trampas y lo peor es que se envanecen de ello:

"Terrenos comprados por unos bolívares se vendían en cientos . . . ¡qué vida! gracias a su iniciativa personal como contratista de Obras Públicas, pudo ahorrar millones de bolívares en dos años . . ." (47)

Se desvaloriza y desprecia el trabajo: sólo lo suficiente para comer y bonchar. Es preferible vivir así que sudar para no llegar más allá de donde llega el dinero:

"En nuestro continente la gente no trabaja . . . Sabía cómo trabajaban los suecos y los japoneses, pero algo había en nuestra sangre, un virus, un microbio, no sabía qué, que nos había vuelto flojos . . ." (pág. 45)

El estilo narrativo es conciso, seco, descarnado, procaz, ágil, rayano con lo popular a veces, otras con lo erudito:

Masó ha elegido otro tipo de pícaro. Tiene derecho a ello, es verdad. Y pudo haber creado el prototipo de pícaro clase-media, ambicioso, degenerado y sin conciencia. Pero no llega a la grandeza arquetípica porque no topa con situaciones límites o en ebullición. Elige escenas genéricas, secuencias medio-sono, como la publicidad. Con ellas no se puede hilvanar tragedias ni dramas. Además parecen empapeladas, envueltas en palabras-filtros que nombran pero no presentan, aluden, tipifican, relacionan con la realidad pero a la vez impiden su propia manifestación. No ha calado, narra desde dentro lo que ocurre fuera, a la puerta, sin descender las cortinas de ese mundo apasionante de la mediocridad y de los que tienen que ganarse su vida sin razones para hacer lo que hacen cada día. Masó me dejó con frecuencia esperando . . . que me arrastrara hacia dentro.

La novela es un buen guión cinematográfico, lo digo como dato positivo. La imagen fílmica puede suplir lo que le falta al relato.